

# ESTUDIOS DE HISTORIA DE ESPAÑA

## HOMENAJE A MANUEL TUÑÓN DE LARA

Coordinado por:

Santiago CASTILLO  
Carlos FORCADELL  
M.<sup>a</sup> Carmen GARCIA-NIETO  
Juan Sisinio PEREZ GARZON

Edita

Universidad Internacional «M. Pelayo»

Madrid, 1981

## UN SINDICALISMO DE MOVILIZACION DE MASAS EN EL MADRID DE LA SEGUNDA REPUBLICA

Santos Juliá

(Madrid)

La organización sindical que domina en Madrid a comienzos de los años treinta es, sin duda, la Unión General de Trabajadores, que cuenta en la capital con potentes sociedades obreras en el sector de la construcción, artes gráficas, madera, pequeña metalurgia y transportes. Sin embargo, y a medida que la crisis económica deja sentir sus efectos en la principal industria marileña y el hambre reaparece de la mano del paro, otro tipo de sindicalismo logrará abrirse paso entre los obreros madrileños y alcanzará una fuerza decisiva precisamente en el sector que más sufre la crisis, el de la construcción. Se trata, naturalmente, de la Confederación Nacional del Trabajo. En fin, debatiéndose en la impotencia no solo teórica sino, sobre todo, organizativa, es posible percibir un tercer sindicalismo que también intentará decir su palabra, por lo general entre abucheos y silbidos, en las luchas obreras madrileñas. Es el sindicato comunista, que se presenta en los primeros momentos como proyecto de «reconstrucción» de la C.N.T. para acabar luego en la creación de su propia central, la Confederación General del Trabajo Unitaria, a la vez que mantiene unos denominados Grupos de Oposición Sindical Revolucionaria en el seno de los otros sindicatos.

Aunque habría que mostrarlo con algún detenimiento, el espacio de que dispongo no deja otra alternativa que afirmarlo sin más: la tradicional clasificación de los sindicatos por su estructura organizativa no sirve para analizar los distintos modelos sindicales que se ofrecen a los obreros madrileños en los primeros años treinta. Tal clasificación no aclara nada de las específicas mecánicas de toma de decisión, de los dispares mundos de valores, de las ideologías y ni siquiera de la propia estructura organizativa.

Quisiera proponer, en consecuencia, una clasificación diferente, cuya validez se circunscribe al ámbito madrileño, y que se basa no ya en consideraciones de estructura, en el estudio de los estatutos o en el tipo de militante, sino en la práctica que caracteriza a cada organización. Y pienso que, por su práctica dominante, el sindicalismo ugetista podría denominarse sindicalismo de gestión, pues sus mejores esfuerzos se concentran en las gestiones que unas burocracias sindicales —cuyo carácter electo no es óbice para su carácter permanente— realizan ante la patronal y en el seno de los organismos paritarios; el cenetista podría definirse como sindicalismo de movilización porque su práctica se orienta a que grandes masas de trabajadores «salgan a la calle»; el comunista sería un sindicalismo de agitación en la medida en que la carencia de un sindicato propio lanza a sus militantes al seno de otras centrales en cuyo marco la única práctica posible es la de agitar. Desde el punto de vista sindical, la Segunda República podría definirse en Madrid por la crisis del sindicalismo de gestión y el avance simultáneo del sindicalismo de movilización de masas. A estudiar sus principales características se dedican las páginas que siguen (1).

Si hubiera que comenzar el análisis por el plano más inmediato del discurso manifiesto, habría que decir que la creencia básica de que se alimentan los militantes cenetistas es la de saberse impulsados por una «fuerza cósmica». La inevitable «banca rota» del sistema capitalista que define la situación actual, y que es perfectamente observable en el paro creciente y en los estragos del hambre, se inserta en el cuadro de una visión bio-cosmológica que se organiza, según el modelo más clásico de los mitos, por reducción de todos los elementos de lo real a un par de opuestos, de cuyo choque frontal, y final, habrá de surgir un nuevo mundo de luz y salvación (2).

Ante todo, pueden encontrarse en los testimonios de la época continuas referencias a fenómenos de la naturaleza para simbolizar el tipo de presencia de la C.N.T. y de la revolución de que es portadora. La revolución se presenta como un «fenómeno natural» y, en consecuencia, «inevitable». Oponerse a ella, pretender que se detenga la «marcha» eterna de los proletarios es como «intentar secar el mar». El triunfo de la C.N.T. es sólo cuestión de tiempo, ya que se producirá ineludiblemente, «más pronto o más tarde», pues se trata de una «ley de vida» que, como todas, puede observarse en la propia naturaleza, preñada como viene de algo nuevo que solo espera el momento oportuno —un gesto, una gesta, una especie de

---

(1) La clasificación de los sindicatos a que se alude: SERGE MALLETT: «Syndicalisme et société industrielle», *La nouvelle classe ouvrière* (París: Seuil, 1969), pp. 51-67. Otras clasificaciones desde el punto de vista genético, estructural y funcional, MICHEL CROZIER: «Sociologie du syndicalisme», en G. FRIEDMAN y P. NAVILLE: *Traité de sociologie du travail* (París: Armand Colin, 1962), vol. 2, pp. 170-193. Del contexto social y político en que se desenvuelven los sindicatos madrileños he tratado, en «Las luchas obreras de Madrid y el Frente Popular», ponencia presentada al simposio sobre Frente Popular, Madrid, 28-30 de mayo de 1980.

(2) Que «la C.N.T. está impulsada por una fuerza cósmica», se asegura en la presentación del nuevo diario madrileño *C.N.T.*, 14-XI-1932.

señal, algo nimio en suma, de apariencia banal— para que se produzca la «explosión» liberadora. «¿No veis acaso vosotros, los que estudiáis biología (que algo) se agita, vibra, se desenvuelve en campos y ciudades?» El anarcosindicalista ama la belleza elemental de esa vida nueva que se agita aún en las entrañas de la mujer, el animal, la tierra. Algo oculto y todavía innombrable, algo limpio hay en ella, «no maculado» aún por la política, que la hace portadora de promesas todavía no violadas, completamente abiertas en sus posibilidades. La sangre que acompaña a todo parto es así el rojo de una nueva aurora, el fuego de una nueva luz que alumbra nuestro planeta. La revolución anarquista se presenta, pues, como fenómeno natural, aurora roja, luz que alumbra, parto de nueva vida, agitación y vibración en las entrañas de la tierra. Es, en suma, una fuerza cósmica (3).

Toda esta imaginación cósmica de la simbología anarquista es coherente con la reducción de los datos de lo real a un par de elementos intrínsecamente opuestos, al modo del bien y del mal. No se trata de una oposición cualquiera —hay que insistir en esto—, sino de una oposición antagónica, en el sentido de que esos elementos están internamente abocados a chocar entre sí y, además, en el sentido de que solo ese choque inevitable es el origen de aquella vida «más racional y más justa» que está a punto de ver la luz. La revolución «surge» y los hombres «entran» en el nuevo mundo solo cuando se produce el choque entre lo viejo y lo nuevo o cuando lo viejo es incapaz de contener a lo nuevo y se desmorona liberando así la nueva vida. Cualquier esfuerzo por remendar lo viejo o por oprimir en su seno la vida que se agita en dolores de parto, está condenado al fracaso. En términos anarquistas, ese esfuerzo es una traición. Es, precisamente, la traición socialista (4).

Pues ese mundo viejo, caduco, en completa bancarrota, es el «capitalismo» y su forma política, la democracia burguesa que, además de ser un engaño del pueblo, es «inservible». En la democracia burguesa no caben los nuevos valores que «brotan espontáneamente» de las reservas que en su seno guarda aquella parte del pueblo «no maculado aún por la influencia política». Además, la democracia es inservible por la misma inevitabilidad de la bancarrota capitalista. Con todo, esa intrínseca debilidad de la democracia no quiere decir que su soporte, el capitalismo, esté ya ven-

---

(3) La revolución como fenómeno natural: «¿Maniobras preparatorias...?», *C.N.T.*, 3-XII-1932. La imagen del mar: «En plena dictadura socialista», *Id.*, 19-XII-1932. Lo de la biología: «Es ley de vida», *Id.*, 24-I-1933. Roja aurora: «El miedo a la huelga revolucionaria»; luz que alumbra: «La gesta rebelde...», *Id.*, 30-XI-1932 y 10-I-1933. Otras veces, la revolución, «fenómeno social», será «el barreno potente que abre la brecha en la ígnea roca». *El Libertario*, 12-XII-1931.

(4) Los anarcosindicalistas no escatiman a los ugetistas el calificativo de traidores: la historia de su sindicato metalúrgico es una «historia de traiciones»; los taxistas habrán de enfrentarse «ante esta traición», los de la construcción sufren «una de las mayores traiciones cometidas por la gran taifa del socialismo español»; los zapateros han sido traicionados tanto por los socialistas como por los «ultrarrojos»; en fin, «la traición socialista se ha consumado con toda alevosía y premeditación» en el caso de los ferroviarios. Son ejemplos que podrían multiplicarse y que proceden de *C.N.T.*, 17, 21, 25-XI-1932 y 14 y 17-XII-1932. Lo que se dice de la vida racional, en «Lo inevitable», *Id.*, 27-XII-1932.

cido. Hay en él fuerza todavía para implantar una nueva y última forma política: la dictadura abierta y descarada que en Italia y Alemania ha logrado liquidar al movimiento obrero y, con él, a todos los marxistas que le abrieron las puertas. Aquí, en España, el capitalismo intentará también idéntica maniobra final: liquidar la democracia e implantar el fascismo. Para ambas tareas, el Partido Socialista y «su menegilda», la U.G.T., prestan, en opinión de los anarquistas, una colaboración inestimable (5).

Y la prestan porque al entrar en el específico ámbito de la política profesional para resolver los conflictos con la burguesía, impiden o retrasan lo inevitable: el enfrentamiento directo entre esa burguesía y el proletariado. En este punto es donde se sitúa lo esencial del ataque ideológico y práctico de la C.N.T. a la U.G.T. Pues la quintaesencia de la «traición» al proletariado es hacer política y la U.G.T. hace política. No importa qué política haga, sino que la haga, pues en aquella reducción de elementos a un par de opuestos, burguesía y política están a un lado, proletariado y acción directa, a otro. Política es igual a burguesía y quien hace política defiende de alguna manera los intereses de la burguesía, aunque solo sea porque con su acción impide el enfrentamiento directo entre ella y el proletariado. Ahora bien, la misma existencia de la burguesía es «una afrenta para la humanidad y una humillación para el proletariado». No es posible, por tanto, sentarse a discutir con ella, por intermedio de la política, sin cometer en ese mismo hecho traición a aquellos en cuyo nombre se presume hablar. Tal es, en definitiva, la práctica del jurado mixto, «ese engendro legal de raíces dictatoriales» que el Estado «quiere hacernos tragarse». Hay que combatir al jurado mixto y, en general, a todo el aparato de conciliación, porque allí se «convive con nuestro enemigo de clase», lo que significa naturalmente renunciar a «nuestra sana actuación revolucionaria para enredarnos en la maraña de los pequeños pleitos (6).

Pero el jurado mixto no es más que resultado de una traición anterior, implícita en el propio sindicalismo ugetista tal como lo veía la C.N.T.: su sometimiento a un partido. Pues el partido es la política y la política es el terreno en que los antagonismos se resuelven por medio del «cambalache». La política es un ámbito artificiosamente creado, al margen o por encima del único enfrentamiento posible, en el que todas las diferencias se resuelven en una común igualdad. Cuando se dice que todos los políticos son iguales, que entre ellos no hay diferencias, lo que se afirma es la no pertinencia de ese ámbito para resolver el tema esencial para el que fue

---

(5) Los anarquistas van de considerar el fascismo «risible ensayo» católico o pura invención de «esos hombres del marxismo» temerosos de ser lanzados «al estercolero» por el pueblo, a creerlo única alternativa posible de la revolución social: C.N.T., 15 y 17-III-1933 y 5-X-1933. La «conducta criminal» de los marxistas abre su camino en Alemania, Italia y España, *íd.*, 24-III-1933. Por lo demás, los socialistas se presentan como el mejor «puntal del capitalismo», 7-II-1932, su «guardia de corps» o sus «esbirros», 22-XII-1932. Para U.G.T., «menegilda» del P.S.O.E., *íd.*, 29-XII-1932.

(6) Lo de la burguesía y la política: «El hundimiento de la política» y «España se levanta», C.N.T., 14 y 16-XII-1932. Lo demás: «Con leyes antiobreras no se nos derrota», *íd.*, 11-II-1933.

creado: el enfrentamiento entre burgueses y proletarios. Por encima de la variedad y profusión de los insultos contra la U.G.T., lo que se intenta negar es la misma validez de ese ámbito porque trasladan el enfrentamiento original a un espacio que no es el suyo: parlamentos, despachos, jurados mixtos, y a un tipo de práctica que no es la adecuada: la visita, la mediación, la representación (7).

Así, ese rechazo radical de la política y del sindicalismo ugetista por la C.N.T. no puede reducirse de ningún modo a una mera cuestión idiosincrática. Los anarquistas niegan a los socialistas en la específica negación del espacio creado por el socialismo para dirigir la práctica de la clase obrera y en la medida en que proponen una práctica diferente. La esencia del múltiple ataque gira siempre en torno a dos figuras —y sus variantes— especialmente odiadas por los anarquistas: el sacerdote y el burócrata. Se trata en ambos casos de intermediarios de intereses ajenos y posiblemente enfrentados. El hecho de que, para colmo, no puedan cumplir con la misión que asumen origina una nueva riada de insultos, más directos en su significado inmediato. Y como los intereses que dicen defender son intereses obreros, se les presentará como traidores a su clase, vagos que han abandonado el trabajo, chupadores, enchufistas atentos sólo al propio medro, tragacuotas, rabadanes y pastores de un rebaño previamente adormecido para que no se rebele contra ellos, guías exclusivamente guiados por su personal y mezquino interés. El obrero socialista que todavía sigue a esos jefes «nefastos» no puede ser otro que un obrero engañado, incapaz de sacudirse el engaño, un obrero dormido, que dormita. La presencia de la C.N.T. en Madrid es siempre sinónimo del «despertar obrero» (8).

Reducidos así los socialistas a la política, y negada la política, solo queda la C.N.T. o, más bien, solo queda la C.N.T. «olímpicamente sola», pues algo olímpico hay, en efecto, en este rechazo de lo que es para afirmar lo que será. De lo que se trata cuando se niega la política no es de suplantar una sucia realidad por una idílica visión del futuro sino de luchar contra esa realidad en cuanto se interfiere a la eterna marcha hacia el futuro. La política es un alto, un respiro, un terreno que lleva a ninguna parte, y el proletariado, sobre todo el cenetista, es un caminante eterno que no se concede descanso. No ignora la C.N.T. que son muchos los que pretenden obstaculizar ese caminar incansable: la burguesía, los fascistas, los comunistas, los socialistas. De ahí que los meta a todos en el mismo saco y les augure similar destino. De momento, los niega. Y al negarlos se afirma como sola ocupante del «otro lado» de la lucha (9).

(7) «No queremos pactos ni componendas» —se añade en el mismo editorial—, «¡guerra, guerra continua!... Además, somos enemigos de toda farsa y el arbitraje es una mentira ultrajante. No hay más que dos campos...».

(8) Un socialista se caracteriza, en opinión anarquista, por haber desertado los tajos —C.N.T., 28-II-1933— para ir «al copo de cargos» y al «asalto de todos aquellos sitios donde hay dietas y emolumentos», íd., 14-I-1933. De ahí que se halle con tanta profusión de «enchufistas» y que en la «ratonera» de la calle Piamonte lo único que se haga sea «adormecer los sentimientos de lucha», íd., 1-XII-1932. El anarquista, por el contrario, no se cruza de brazos, sino que espera andando: íd., 22-VIII-1934.

(9) «No estamos con ningún partido: todos son iguales», C.N.T., 23-XII-1932.

«La C.N.T. quiere estar sola, olímpicamente sola; le basta con la multitud productora». La afirmación de la propia soledad es así la devolución de su original pureza a las condiciones en que ha de efectuarse la revolución o alumbramiento del nuevo mundo. Esas condiciones son, como se ha señalado, las del mito de los orígenes, el choque entre un par antagónico: «queremos luchar con la burguesía frente a frente». La equivalencia perfecta entre burguesía y política permite expresar de mil maneras esta sencilla verdad original: que solo hay dos, que esos dos son antagónicos, que su antagonismo acaba por «ley de vida» en choque violento: «que la política se quede a un lado y dejémos a nosotros, solos, para entendernos cara a cara con la burguesía». La correspondencia de los términos es llamativa: únicamente cuando la política quede a un lado, esto es, cuando se revele su carácter mixtificador, es cuando se producen las condiciones que permiten un enfrentamiento directo con la burguesía. En este caso, la C.N.T. se basta ella sola, con la multitud, para plantear batalla y, posiblemente, ganarla. Se dice posiblemente porque en definitiva más importante es dar la batalla que ganarla. La C.N.T. contempla la derrota como una posibilidad real hasta el punto de que sus batallas no se posponen por la simple consideración de que puedan acabar en derrota. La visión es en este caso muy diferente a la del sindicalismo ugetista, que insiste en la condición propicia al triunfo antes de entrar en un conflicto abierto. Los anarquistas piensan que pueden ser derrotados «una vez, cien, mil» y tal consideración nunca les induce a no entrar en liza. Por dos razones fundamentales: ante todo, por su firme convencimiento de que «al fin venceremos definitivamente», y porque, aun derrotado, en la caída sus militantes probarán que saben «caer con belleza», lo que no es ninguna tontería si se tiene en cuenta que la belleza consiste en «mirar siempre al porvenir»; la otra razón está vinculada a la concepción gestual de la acción obrera. Cualquier acción vale en la medida en que sea una gesta o un gesto que entraña o anuncia acciones futuras, tanto por su valor ejemplar y como punto de referencia para siempre, como por su fuerza de arrastre de la multitud. El gesto, una vez consumado, queda en efecto para siempre y a él se podrán referir y por él se podrán medir en adelante todos los que accedan a la lucha. Además, y dado el carácter misterioso del tiempo en que habrá de producirse el enfrentamiento definitivo, nadie puede asegurar que a ese gesto que se inicia o anuncia no siga el despertar de la multitud, prólogo de la revolución. Y es que la revolución puede surgir «por el más nimio motivo, al parecer» y cualquier gesto puede ser decisivo. Acabar con la «farsa sangrienta» de la política no requiere más que un «pequeño esfuerzo», pues del lado proletario está la fuerza. Es preciso tenerla siempre a punto: cualquier gesto puede bastar (10).

(10) «El gobierno al servicio de la guardia civil», *C.N.T.*, 23-XI-1932, para lo de entenderse con la burguesía; «Seamos extremistas de la revolución», *íd.*, 5-I-1933, para las mil caídas; «La *C.N.T.* al país», *íd.*, 6-III-1933, para la caída con belleza. Una «gesta sublime» es forzar la entrada en los tajos, rompiendo con «la secular modorra tan peculiar en los hombres que rumian en los pesebres de la U.G.T.», *íd.*, 7-XII-1932. Para el resto: «¡Acabemos con la farsa!», *íd.*, 7-II-1933.

Esta concepción gestual de la rebeldía obrera, que legitima en su plano el continuo lanzamiento de huelgas, huelgas generales e insurrecciones, es el último revestimiento ideológico de una práctica obrera que la C.N.T. entiende como acción directa. Como su nombre indica, acción directa es acción no mediada y, más específicamente, acción no mediada por políticos o burócratas profesionales. En este sentido, la política y su práctica es acción indirecta o mediatizada por unos autoproclamados representantes de intereses ajenos. Los cenetistas insisten mucho más en la verdadera y recta concepción de la acción directa como práctica obrera sin intermediarios que en las modalidades violentas que pueda revestir. En realidad, no les preocupa demasiado este segundo aspecto de la cuestión, pues dan por descontado que la acción directa es también acción violenta en la medida en que todo enfrentamiento con la burguesía cumple o anuncia un nuevo mundo, que no surgirá si no es teñido de rojo. La violencia importa menos que su condición, esto es, que se produzca en un verdadero y directo enfrentamiento con la burguesía y no por cualquier motivación «política» (11).

La identificación entre burguesía, y política permite, por medio de la acción directa del proletariado, la transformación de toda práctica obrera contra la burguesía en práctica contra la política y contra el Estado. Lo único que cambia es el lugar del combate, pues a la burguesía se la combate en el lugar de producción —la mina, el tajo, la fábrica— y al Estado en la calle. De ahí que la huelga anarquista, además de ser siempre «política» en su sentido más hondo y en cuanto se identifica clase con aparato de Estado, es siempre potencialmente general o generalizable, y no como mero recurso para impedir su fracaso por medio de la ampliación del número de obreros en huelga, sino como interno movimiento de ampliación de sus objetivos. Pero con ello se transforma también el espacio material de la celebración de la huelga. La U.G.T. dirigía huelgas que acaecían básicamente a la no presencia: los obreros no iban a trabajar. Eso era lo que definía básicamente al obrero en huelga. Incluso una huelga general y, pues, revolucionaria como la convocada por los socialistas en octubre de 1934 se caracterizó en Madrid por la «ausencia de movimientos de masas», como no dejó de advertir para su asombro el embajador inglés que señalaba que tal ausencia era una «notable feature» de la situación, acostumbrados como estaban a ver masas en la calle por cualquier motivo. Para el anarcosindicalismo, por el contrario, no ir al trabajo equivale a salir a la calle. Y salir a la calle no significa aquí que cada obrero pase por el local del sindicato para enterarse de las gestiones de la huelga, sino que permanezca con su presencia física en el nuevo espacio de la lucha: la calle (12).

---

(11) Para la verdadera violencia, «Acción directa», C.N.T., 16-XI-1932. En alguna ocasión, la acción directa se identifica sin más con la «lucha», 20-XI-1932, y con «la lucha de clases», 7-X-1933.

(12) «El Sindicato no está en el local social que adquiriera, sino en el taller, la fábrica, la mina... De la misma manera, el Sindicato está en la calle cuando actúa contra el Estado»,



Ahora bien, la calle solo puede ser el lugar de la derrota de la burguesía, la política y el Estado si es ocupada simultáneamente por la multitud proletaria. De ahí que toda la estrategia anarcosindicalista —valores que se proclaman, objetivos que se proponen, medios que se emplean— se dirige a reforzar esa «formidable presión de las multitudes proletarias» en ese nuevo espacio de la lucha obrera que es la calle. La soledad reivindicada por la C.N.T. es únicamente la afirmación de que le «basta con la multitud productora» y de que, por tanto, sobra cualquier alianza con otros sindicatos y, por supuesto, con cualquier partido. La única revolución hoy posible —esa revolución «tan profunda» que ha de levantar y movilizar a la inmensa mayoría— ha puesto en primer plano eso que se llama, según C.N.T., movimiento de masas. La multitud, el coro, ocupa ahora la primera línea del drama. Todo lo que hará falta será empujar a la multitud para que entre en la lucha y una vez que «se agreguen a la pelea, automáticamente habrán hecho el frente único con nosotros», sin necesidad de ningún acuerdo entre organizaciones. Cualquier otra cosa es pura «farsa, táctica pastoril para convertir a los obreros en rumiantes que vayan detrás de algún cencerro» (13).

La práctica de movilización de masas que esta ideología de la revolución y esta acción directa intenta racionalizar y canalizar se relaciona internamente con un tipo de organización sindical muy flexible, escasa o nulamente burocratizada y que, por tanto, puede crear sobre la marcha y sin obstáculos estatutarios, los organismos responsables de cada acción. Quien dirige la práctica obrera no es necesariamente el comité sindical elegido para un período determinado por la asamblea reglamentaria de la agrupación sindical. Ahora, los dirigentes están organizativamente muy cerca de los propios obreros afectados por la acción. Los comités de huelga que comienzan a proliferar y que asumen funciones antes realizadas por el comité sindical, son elegidos sobre el terreno —no es el comité sindical convertido semánticamente en comité de huelga solo porque se ocupa de las gestiones pertinentes— y su actuación está continuamente referida a la aprobación de la asamblea, que en principio puede mantenerle o retirarle su confianza. Por cierto, esa confianza se mantendrá casi invariablemente a no ser que otros dirigentes sindicales se interpongan, pero lo que es preciso destacar en este momento es la inmediatez física de la organización respecto a los organizados.

Que podría ejemplificarse en dos elementos de la organización cenequista radicalmente distintos de la U.G.T. Ante todo, la figura del propio dirigente sindical. Entre esos «viriles compañeros» que «salen a la calle» y los entendidos y experimentados gestores sindicales hay un abismo no solo de personalidad sino en la forma de actuación, no solo en lo que son sino en lo que hacen. Bastaría comparar a Edmundo Domínguez con Ci-

---

C.N.T., 24-VIII-1934. Para lo de Octubre, carta de sir G. Grahame a sir J. Simon, Public. Record Office, F.O. 371/18596.

(13) «La hora de las multitudes», C.N.T., 13-II-1933 y «La última huelga general de taxis», *id.*, 7-IX-1934.

priano Mera. No se trata de que Domínguez, como Mera, no arriesgue tanto que pueda ir a la cárcel. De hecho, las cárceles no fueron extrañas para él. Lo importante, sin embargo, es que cualquiera puede reconocer en Mera a un obrero de la construcción y nadie podría decirlo ya de este Domínguez, presidente de la Casa del Pueblo y máximo dirigente de la Federación Local de Edificación. Si Mera va a un tajo es porque intenta forzar su propia contratación, salta las alambradas e impone, o intenta imponer, a la fuerza, su presencia en la obra. Domínguez, cuando va a una obra lo que está haciendo es una visita o llevando a cabo una mediación. Mera está preferentemente en la calle; Domínguez en el despacho. Mera es, desde luego, dirigente del Sindicato Unico de la Construcción, pero, a la vez, puede estar perfectamente en un comité de huelga elegido en el propio tajo. En la U.G.T. dirige aquel que ha sido reglamentariamente elegido en la asamblea convocada a tal efecto; en la C.N.T. dirige aquel que está «nimbado de heroísmo y sacrificio», lo que no indica en modo alguno una propensión irresistible al romanticismo revolucionario, sino tan solo la débil estructura orgánica del sindicato. Pero en este caso una estructura débil no equivale a débil capacidad de movilización; todo lo contrario, pues el ideal encarnado por el dirigente así «nimbado» de heroísmo, «prende con más facilidad en los medios populares». La debilidad organizativa de la C.N.T. era una de las raíces de su fuerza en un sector tan débilmente organizado como el del peonaje de la construcción, abocado de forma continua al paro y al despido y cuyos intereses no podía representar el sindicalismo ugetista tradicional (14).

El otro elemento nuevo que introduce la C.N.T. en su práctica de movilización de masas es la continua celebración de asambleas, la continua creación de comunicación inmediata entre los dirigentes y la totalidad de los dirigidos. La multiplicación de asambleas de huelguistas es, en Madrid, sinónimo de progresión de la C.N.T. Las decisiones del sindicato ugetista se tomaban también en asamblea, pero la U.G.T. prefería siempre el referéndum. Para la C.N.T., el referéndum es una perversión, un medio para que esa legión de Sanchos que temen el sacrificio vaya a depositar con su voto su entrega a la burguesía. En lugar del referéndum, la C.N.T. establece la asamblea continua, por la simple razón de que en la asamblea «los pusilánimes (se crecen) al contagio de los compañeros abnegados» (15). Abnegación es resistir, no claudicar a pesar del hambre que la lucha prolongada provoca. Para remediarla, y especialmente el hambre de los niños, otros se sacrificarán compartiendo lo poco de que disponen. Se organizan así emotivas acciones de solidaridad, envíos de niños de una ciudad a otra, que mantienen alto el espíritu de los obreros en huelga a la par que trasladan al conjunto de la clase la responsabilidad del triunfo final.

Un sindicalismo, pues, en que el atractivo de sus valores, su simbología cósmica, la esperanza en la revolución inminente, la reducción de lo

---

(14) «No podrán evitar la revolución», *C.N.T.*, 12-I-1933.

(15) «El referéndum es una perversidad patronal», *C.N.T.*, 18-III-1933.

real a un par de opuestos, la teoría de la acción directa y de la relación entre clase social y aparato de Estado, pero también el tipo de organización, la inexistencia de burocracia, el modelo de dirigente, así como el nuevo espacio acotado para la lucha obrera, están al servicio de una práctica dominante: la movilización en la calle de grandes masas de trabajadores. La posibilidad de avance de este tipo de sindicalismo en Madrid era idéntica a la de que el sindicalismo de gestión entrara en crisis: que apareciera en Madrid una masa obrera susceptible de ser movilizada, es decir, una masa obrera que impusiera su presencia por encima de los cualificados obreros de los oficios tradicionales. El hecho de que ese cambio en la estructura de la clase obrera madrileña ocurra especialmente en el sector de la construcción y sea inmediatamente seguido por una crisis de la industria, da a la aparición del sindicalismo de masas unas características muy diferentes a las que concurren en la transición del sindicato de oficio al de industria. Pues en Madrid no abundan esas fábricas que en otras ciudades impusieron su disciplina a la nueva masa obrera y transformaron las viejas sociedades de oficios en nuevos sindicatos burocratizados y centralizados para la mejor defensa de sus intereses. En Madrid no abundan las fábricas, sino los tajos y en ellos solo podía avanzar quien por su agilidad organizativa, su capacidad de lucha y sus propuestas ideológicas, estuviera más cerca de las necesidades de ese nuevo tipo de obrero, caracterizado más por la no cualificada labor de peonaje que por la habilidad y destreza en el oficio. No es casual ni, desde luego, obedece a causas meramente políticas, el hecho de que los grandes conflictos obreros de Madrid comiencen, en septiembre y octubre de 1933, por el sector de la construcción y, más específicamente, por las grandes empresas dedicadas a las obras públicas y en tajos que reúnen a más de mil obreros, posiblemente jóvenes todavía y asentados no hacía mucho tiempo en esas barriadas obreras que han crecido caóticamente en las afueras de la ciudad. Para resolver los conflictos que pudieran surgir en esos tajos, las gestiones de las tradicionales sociedades obreras y de los organismos paritarios eran perfectamente inútiles. Los jurados mixtos, preciada conquista del sindicalismo de gestión, no podían resolver el problema del paro y eran incapaces de impedir los despidos masivos. La confluencia de la crisis de la edificación y el colapso de los jurados mixtos —que refleja la crisis de la conjunción republicano-socialista y la redefinición de los objetivos específicos de cada una de sus partes— ayudan a entender la penetración y el crecimiento de un sindicalismo que, con sus prácticas de movilización, fue capaz de provocar un cambio radical en las relaciones entre las dos grandes centrales en el corto espacio de dos años.